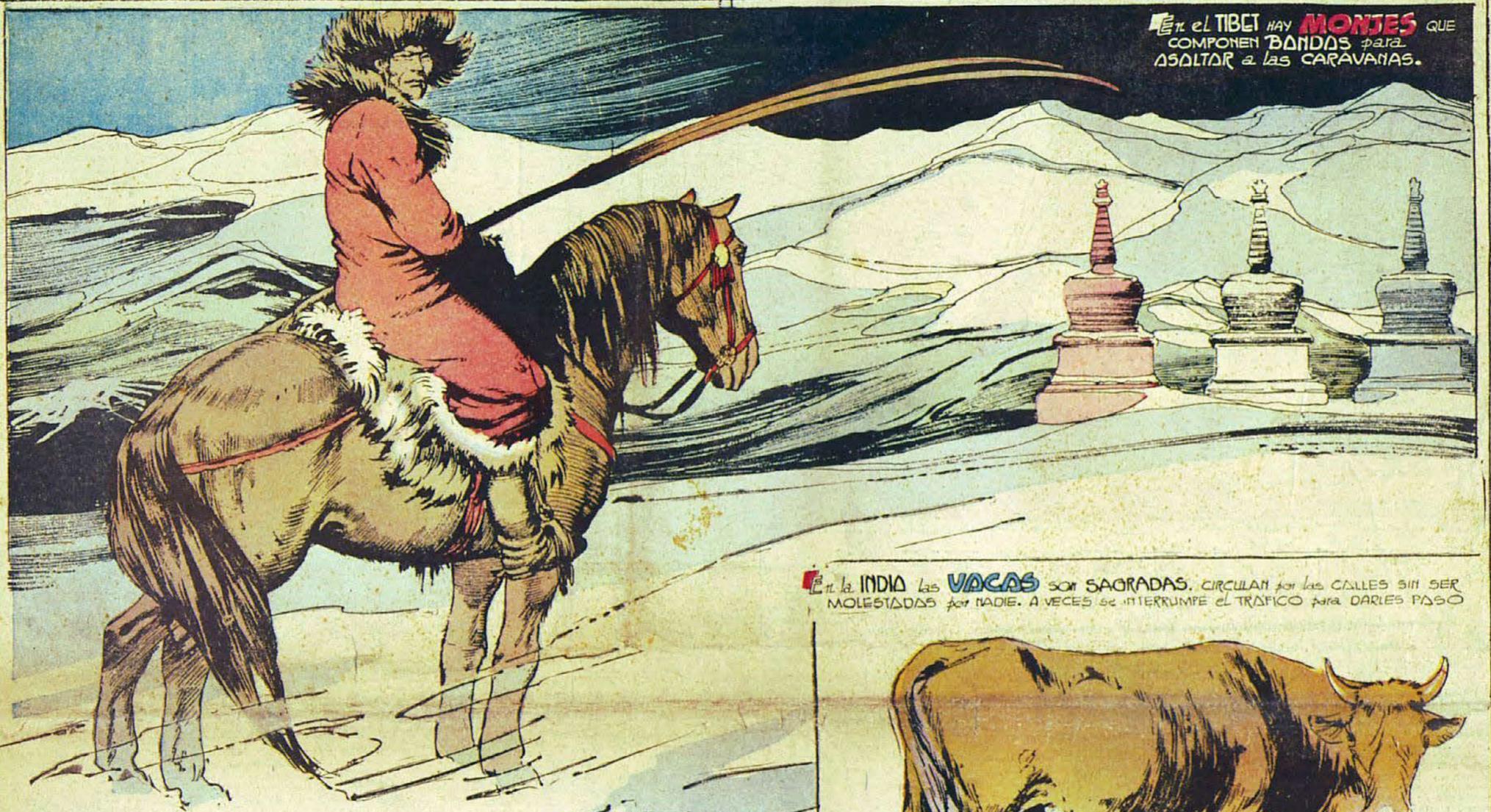
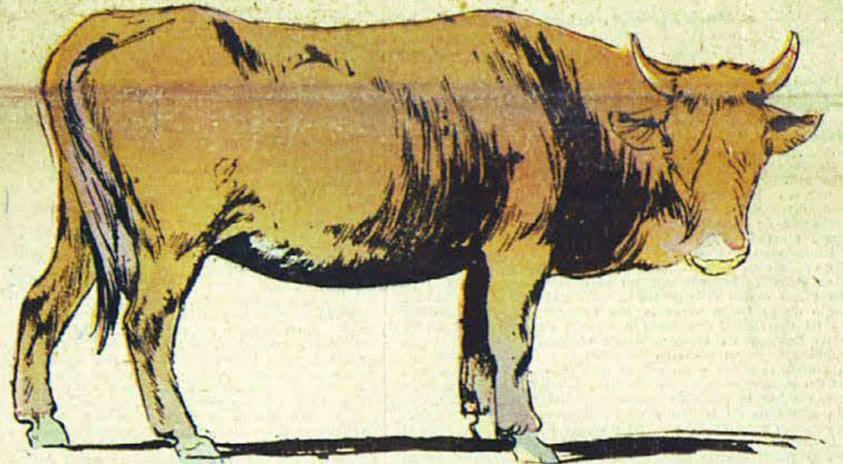


VISTO Y OIDO ★ Piadosos Asaltantes Budistas ★ por PREMIANI



En el TIBET HAY MONJES QUE COMPONEN BANDAS para ASALTAR a las CARAVANAS.

En la INDIA las VACAS SON SACRADAS. CIRCULAN por las CALLES SIN SER MOLESTADAS por NADIE. A VECES se INTERRUPE el TRAFICO para DARLES PASO



En GRECIA, CUANDO MUERE el PATRIARCA SE LE LLEVA a la TUMBA SENTADO. TODOS los DEMAS CADAVERES SE ENTIERRAN con LAJAS ABIERTAS. LO IMPUSO LA DOMINACION TURCA, PARA IMPEDIR el CONTRABANDO de ARMAS.



Esta ENCINA de VALLE de HÖBDEITZ (TURINGIA) TIENE MAS de 1000 AÑOS. Desde 1824 COBRAN la TUMBA del POETA HANS VON THUMMEZ.



CUANDO SE LEVANTO el ULTIMO CASO de CONSTANTINOPLA, HACE ALGUNOS AÑOS, los HABITANTES FUERON OBLIGADOS BASTO SEVERAS PENAS a ENCERRARSE en SUS CASAS HASTA CONCLUIRLO.

★ Equilibrios en la Cuerda Floja

Por Gregorio J. Chaves

ILUSTRACION DE ROJAS



Auditorium
HOY HOY
UNA CONFERENCIA
INMORAL
(Con ilustraciones
luminosas)
ACCESO LIBRE

Tal la promesa de las carteleras. No importaba el nombre del conferenciante, la glotona humanidad se desvivía por los manjares y aquella palabra "inmoral", estampada en la invitación, hacía relamerse a los más despiertos.

Abriéndose paso entre el abigarrado público que colmaba el vestíbulo, dos hombres llegaron hasta los camarines:
—¿El conferenciante?
—Soy yo, señores.
Un par de miradas penetrantes, disectoras, repararon de pies a cabeza al audaz:
—Somos los encargados —dijo uno— de "velar por la moral y las buenas costumbres".

—Por mí, velen —sonrió el interpellado— pero aquí no tienen absolutamente nada que hacer.
—¿Señor?...
—He anunciado "una conferencia inmoral"; si al público le molesta el concepto, puede pasar de largo, si le interesa...

—No hay más localidades! —gritó un empleado.— He dado orden de que se limite la entrada a la sala.
Los interpellados se miraron y, en voz baja, cambiaron algunas palabras.
—En cualquier forma —amenazó uno de ellos después del disquete y enarandose con el conferenciante— quedará usted detenido al finalizar el espectáculo.
—Si ataca la moral —sentenció el otro— le apresaremos, por disolvente...

—...Y si la defiende, por defraudar al público con anuncios falsos —concluyó el primero.
Plantando el dilema, la pareja dió una media vuelta militar y salió taconeando. Por toda respuesta, el conferenciante les siguió largamente con la vista en su retirada por el túnel.

★

Y algunos minutos después, ante la sala repleta, se oyó una voz: Señores: Permítidme que conserve el tono usual de mis palabras y de mis razonamientos. No sé declamar y tengo el convencimiento de que hay, entre otras, dos cosas inútiles en el mundo: las conferencias y la moral. Hablemos, pues, inútilmente de una cosa inútil.

Podría, en este momento, aturdirlos con remanidas exclamaciones de tragediante y vociferar: "¡Señores, la moral no existe!... ¡Basta de hipocresía!", y, entonces, vosotros os iríais como vinitos yo, habría defendido con saña lo que trataba de aniquilar. No. No quiero que sigáis siendo lo que sois. Ya veis qué fácil. Y esta simplicidad es el corolario tonto de mi charla inútil.

Seamos francos y valientes aunque sea por contados minutos en nuestra menudada vida. No invoquemos a France, ni a Oscar Wilde, ni a Nietzsche, ni a nadie, para que autorizando nuestros propios pensamientos nos dejen la oportunidad de desdecirnos. Seamos nosotros mismos quienes examinemos nuestras conciencias como medidas que se vuelven al revés para precisar sus roturas; de esa inspección deduciremos, por lo menos, un recurso: suscurias.

Basta de falso parafraseo, de escaramuzas éticas y de vanas normas dialécticas. ¡Desnudémonos!...

(Con paso apremiante y sin cuidarse del tumulto algunos oyentes abandonaron escandalizados el local. Inopinadamente se apagaron las luces de la sala y las candelillas, corrió un lienzo y el copiar de un proyector delimita en la puerta a los fugitivos bajo el manejo de luz que inunda la pantalla. Aparece una imagen de la "Psiquis y Cupido", el conocido mármol de Antonio Cánova. Las miradas se pasean indiferentes por la fría desnudez. Se oye la voz del conferenciante que continúa:)

Mirémosnos al espejo con la intención firme de no ver otra cosa que nuestra propia imagen. Belleza y defectos. Ahí están el cuerpo entero. Realidad. Después de esta visión estamos como si hubiéramos nacido; es un verdadero alumbramiento plástico, puro. (Psiquis y el amor, de súbito, animados por la proyección abandonan su sustrato abstracto y se incorporan con lentitud. El movimiento las humaniza. Las medidas del público se refrac-

tan en la blancura de las imágenes. Reduce la visión el obliterador hasta sumirla en la penumbra. Luz).

—El moralista, señores, como los lenguajes, a fuerza de repetirse ha degenerado hasta no tener ni siquiera relación con la fuente originaria. Somos moralistas como es orador el loro, como es bailarín el caballo de circo. Nos dirige un látigo. Estamos amaestrados por la educación. Y ojalá nos resignáramos al ballet de nuestro triste destino, pero íntimamente encadenamos nuestra rebeldía, y esto es lo único inmoral.

Poco cuesta despojarse de una máscara que nos deforma, ridiculiza y acalora sin embellecernos; ¡Qué cómico resulta, así mismo, un disfraz que se ajusta al cuerpo de las mujeres por fuerza y a sus aviesas intenciones por dentro y que arrebató el ditirambo de los hombres cuando lo observan en la mujer de su prójimo!

Dicen los legalistas que "la costumbre es el fundamento de la ley, los biólogos que "la función hace al órgano", los matemáticos —completando la idea por generalización— que "la unidad es base de la cantidad", los químicos que "el elemento es antes que la combinación, y los astrónomos que "la naturaleza siempre vence". Y los filósofos, los artistas, los miles de sabios sumados a los siete famosos, aseguran hasta el hartazgo que la síntesis es la base y el fin de todo lo creado.

¿Y nosotros, nosotros que no somos sabios, ni filósofos, ni artistas pretendiéramos aún desvirtuar este credo de los privilegiados? ¡No!

Bastaría con que en esta sala, por raro truco de utilería, echara yo unos tabiques que aislaran a cada uno de los oyentes de manera absoluta. En la soledad confesional oíríamos verdades tan concluyentes como sólo le será dado escuchar al público del valle de Josafat el día del apocalíptico sinceramiento.

Eva sigue siendo siempre Eva, su desnudez resulta cada día más paradisiaca, como si quisiese recuperar el naturalismo que ha de reintegrarla al Edén, lo mismo que a un espía el uniforme enemigo.

Adán, bajo su aspecto bíblico de cándido delator de las sugerencias de su humana compañera, continúa disfrazando su espíritu de adulador dispuesto a quedarse con la manzana, la piel de la serpiente y el perdón divino. Y ambos, en este diálogo eterno, siguen aventajándose hasta conseguir contrabando sus solapados instintos, oficializándose, para que así el árbol del bien y del mal sea arrancado de cuajo y, convertido en hoguera, caldee un nuevo Edén con pecado y sin penitencia.

(Se prolongó la pausa. Algunas toses espoliaron la expectativa en inquietud de ciertos oyentes).

—Las palabras, señores, por elocuentes que sean, resultan vacías ante algunas evidencias fotográficas de la vida diaria. ¡Quién pudiera así mismo retratar las intenciones con mayor nitidez que en las veladas de la psicología experimental!

Mi colección está constituida por actitudes triviales y de fácil interpretación. Observémoslas sin comentarios ni epigramas.

(Penumbra. La proyección, convertida en un punto brillante, cobra amplitud merced al diafragma. Se ve a la desnuda "Psiquis" recoger el velo que cubre sus piernas e improvisarse un peplum mediante un broche que ajusta sobre su hombro derecho; de Venus Anadiómena se convierte en la Afrodita de Fréjus. Cupido abandona entonces su actitud contemplativa y ya menos, o más, interesado en la belleza de su "partenaire" acierta a encontrar un casco guerrero a lo Menelao y se lanza a la conquista de una Troya hipotética. La dama ofendida y abandonada advierte a Paris, se enamora, y caen otra vez sus vestiduras al suelo, en un coiteo que se hace memorable).

—Y observemos la evolución del vestido —continúa el disertante,— en su constante huida de la naturalidad primitiva.

(Aquí, gracias al truco cinematográfico de la suplantación gradual de escenas, aquella Psiquis-Venus-Helena va convirtiéndose, a través de las épocas, en otras tantas caracterizaciones de la misma pasta escultural. Su acompañante rivaliza en tan detallado transformismo. Lucen las túnicas romanas a lo Mesalina, las exiguas "deshabilladas" a lo Cleopatra, Ehaix o Reina de Saba, hasta que la reacción representada por un duende con sayón de Agustino, con aviso crítico, resuelve recargar el vestido para aligerar las intenciones. La venda de Eros es transformada merced a los telares de Damasco, Florencia y la mar en un recatado y pesado artificio para su compañera... Con esto el amor ha dejado de ser niño y

ciego, pero los focos de su inexperta imaginación deciden libertada le conducen a las aberraciones más incongruentes...

(Dido, Corina, Cinthia; Eloisa, Lucrecia Borgia; Isabel, la virgen de Inglaterra; gradas de tan gigantesca escala galante, para llegar al modelo de mujer que públicamente cubre hasta sus uñas como en un amplio estuche que se deja perfumar por su íntima desnudez y cínico desparpajo. Para completar el contrastado, su espíritu, ha olvidado la simplicidad helénica. El amor-pasión cede su puesto al amor-crime, como si el alma también necesitara del artificio para cumplir su pretensión de belleza).

(Los tiempos pasan. La juventud trata de renovar las visiones y la desnudez se guarda en el arte, Renacimiento. Púrcza). (El duende con sayal, envejecido y astuto, retiene las armas enemigas para usarlas en sus batallas y sobre sus catedrales, pinacotecas y palacios al genio evocativo de los artistas. La mujer vestida mira, aquellas reencarnaciones con sonrojo pero con íntima satisfacción; Monna Lisa contempla el retrato de su abuela Afrodita, Eva sonríe ante el recato de la Gioconda).

(El duende agustino, molesto por su fracaso, inventa el Pudor. La deformación cunde en los cerebros encoquecidos. El deseo se debate bajo el suplicio de Tántalo. Madame Dubarry, la Pompadour, esquivas, galantes, hermosas y vanas, sintetizan un siglo de malicia brindada por el miriflaque y los pelucos).

(El furor aborregado por la hipocresía inventa una palabra: libertad. Suena un tiro. Caen cabezas, pelucas y falsedades. Afrodita es hoy madame Sans-Gene. El coro cético baila al compás de la carambola, descamiado y rebelde; y el amor, engrillado en las cárceles, llora su hartazgo de carne. Romanticismo: canción de Eros desde el fondo de su prisión).

Cuando de improviso se enciende la luz sorprende al público arrobado en la contemplación de este "pot-pourri" evocativo. Compónese, un tanto, el delicioso abandono a que se entregara la concurrencia bajo el descanso de las sombras, como si Doña Moral, en aquel momento luminosamente artificio, hubiera cobrado sus vendas para mantener rígidos a sus fatigados títeres. Las miradas, de soslayo, se buscan sin encontrarse.

—Y después de este revuelo histórico y vertiginoso —continúa la voz del conferenciante— llegamos a nuestra decantada época. Edad contemporánea; edad de la filosofía y del pensamiento. Siglo de la ciencia y del dinero. Vanidad pavorrealista que convierte al amor en mendigo. Recamados los cuerpos, excojados los espíritus, la humanidad no acierta si someterse a Dios o a Satanás. La lucha es ardiente. Los recursos se han trocado; hoy la luz cobija a la virtud desnuda y las sombras al vicio insatisfecho.

(Vuelve la obscuridad a dar paz a los instintos. La proyección es un simple manejo de luz que pasa sobre las cabezas...)

—Algo trascendental va a operarse en la pantalla, como si una lluvia de siglos se sintetizara en una sola gota de agua. Compendio, extracto, perfume, alma

(En la proyección aparece una dama 1870 luciendo su polizón reducido y su escote amplificado; el pudor ha libertado su garganta... El monje agustino la anatematiza con una enfática. Ella ni siquiera lo habrá pensado y, excedida por excedida resuelve reconstituirse en la madre Eva. Unos años más, instantes de his-

toria y... ¡al suelo el artificio! Las tijeras se convierten en arma de reconquista. Mutilaciones. Simplificación. Corset, enaguas, arañones, visos, pasan a ser piezas de museo ético y étnico. Seda tenue: suavidad. "La naturaleza siempre triunfa..." pero hoy que encuarla para que permita lucir lo bello como si a una selva se le recortaran las ramas que detienen la luz).

(Si Venus surgió de la espuma del mar, hermosa y desnuda, la mujer contemporánea nace de ese oleaje espeso que constituye su engrañosa envoltura).

(Hasta el cabello estorba para sus planes. La delgadez de las telas insinúa la belleza de los cuerpos esbeltos como los tulés de la aurora la aparición del sol).

Las almas se asoman al mundo por el consabido ventanal de los ojos y el labio tinto de pasión se ofrece como un paraíso. Revolución).

Y ante la consternada concurrencia, entre telones simbólicos que dan seguridad a la escena, aparece la Venus futura, la antigua Eva, desnuda, humanamente desnuda, a riesgo de parecer un animalito ineficaz, una visión apocalíptica pero realmente hermosa, divina).

—La cíclica historia se ha cerrado con su último eslabón —continúa el orador.— Hemos llegado... al principio. La mujer como en los tiempos heroicos, es una fracción de naturaleza. Entre tanto la moral inventora del cilecio del pudor, reducida a un cuchicheo sumiso sonríe, al fin, ante su impotencia, como un fiscal que perdió la causa pero cobró honorarios.

(A esta altura del acto, dado el interés de los circunstancias y el estruendo de los aplausos no se nota la salida tumultuosa del público candoroso. Quedan los valientes o los que lo parecen, aunque dejando al oído de sus compañeras y vecinas palabras críticas y usuales. Ellas escuchan complacidas al orador, como si un cómplice que no es Adán las delatará).

—Señores: —terminó terminó el conferenciante.— No cometere la torpeza de proponer la constitución de un país ideal donde el desnudo sea la carta de ciudadanía. Ese país existe ya, un tanto encubierto por la maleza tradicionalista y mis palabras solo han descubierto el cortinado para que luzcan los paisajes de tan cercana tierra de promisión. Desde este monte Nebo y ante la belleza hecha carne y espíritu entonemos nuestro himno inmoral. Amen.

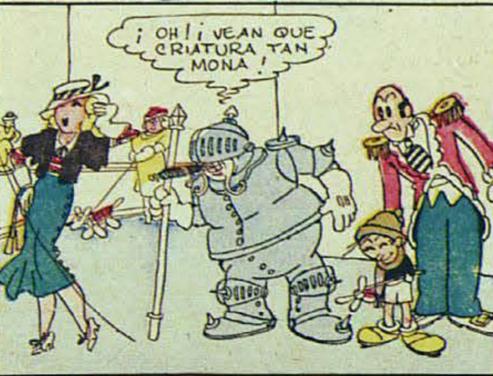
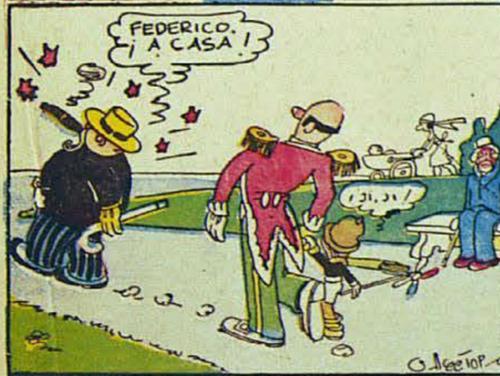
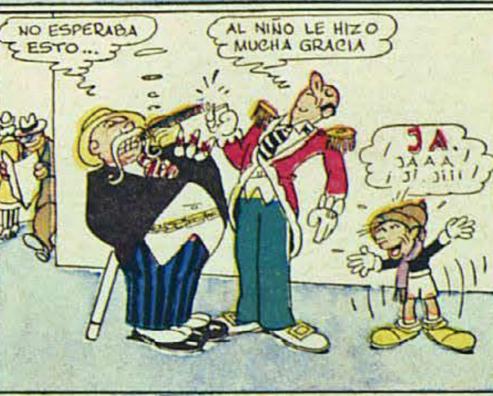
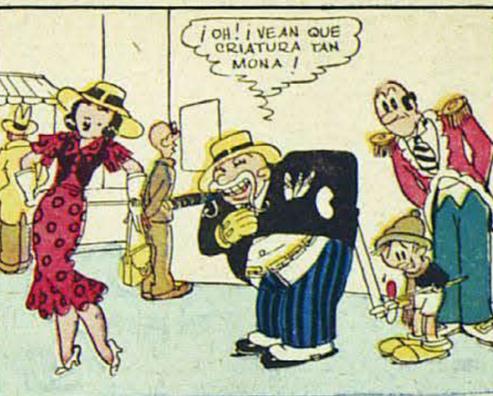
(Esta perorata, que tuvo la virtud de renovar el público, duplicando su difusión, terminó entre tímidas protestas y estruendos aplausos. Faltaba solamente un detalle: el conferenciante, hábil y filósofo, dictó sus sentencias tras de una cortina. Su físico, sus maneras, no empañaron la seguridad de su verbo y no dieron ni quitaron fuerza a sus razonamientos).

(Cuando el auditorio en pleno requirió la presencia del autor, éste, filósofo y hábil —lo repetimos— hizo aparecer en escena dos personajes físicamente antagónicos; uno, hermoso como un Apolo, que hizo sonreír a ellas, y otro feo como un esperanto que satisfizo a Ellos. Y a la voz de entretelones concluyó:)

—No busquéis al autor, examinad vuestro fuero íntimo que allí está todo.
Y con esto cayó el telón.

El Nuevo Rico

★ por H. Rodríguez



Museo de la Confusión

Acerquémonos ahora a Susana Calandrelli. Me astero por una pequeña biografía que precede las composiciones, que la poetisa sacó un primer premio en los Juegos Florales o Fatales del Languedoc, con ciertos poemas titulados La Liberté uno y Aux Morts Ignorés el otro. Este último guarda estrecha relación con las defunciones de varios lectores imprudentes. Todo esto sucedía en 1918. Desde entonces no se ha subsanado nada. Vamos a infernos a continuación el poema titulado La Flauta de Silvano. Dice así:

Vosotros, los que acaso tenéis el don divino de amar el sol, la hierba, la noche y el camino; vosotros que supisteis los trágicos amores de gnomos y de estrellas, de sátiros y flores;

Confieso que yo soy de los que tienen el don divino de amar el sol nublado y el camino lleno de hierbas (siempre que no se trate de Miguel A. Camino), pero también soy de los que ignoran los trágicos amores entre sátiros y eucras, entre faunos y cardos y entre turcos violentos y flores bravas. Sobre los amores entre gnomos y estrellas no me los imagine, ni siquiera en el caso que fuera entre monos y estrellas.

Crustancio Vigil (juniors) con fecha 10 de abril se manda en cierta revista familiar un cuento que titula Violeta y Aida, aunando a Verdi con esa otra ópera que empieza: é la violeta, etc. Hablando de cierto personaje expresa Vigil:

Herida en su orgullo y en su dignidad, más blanca aún en la blancura leche de su cutis de armiño, la traicionada dió un brinco de felino.



Gillete, del des... y del papel de lija, únicos medios capaces de evitarnos las molestias de un cutis de armiño, de una tez de oro hormiguero y de unas mejillas de carmincho.

En la Novela Semanal del 2 de abril, don Julio Dantas firma algo que titula La Confesión. Dice en una de sus partes:

Le hablé del muerto como si le hablase de un hermano muy querido, y al decir que Dios, señor de misericordia, se compadecía conmigo de su dolor, las lágrimas comenzaron a correr de sus ojos, de cuatro en cuatro.

Estos ojos que se transforman en un exacto cuentagotas que dan lágrimas de a cuatro en cuatro, de a tres en tres, etc., según el gusto del consumidor, me parecen bastante raros. Salvo que se trate de ojos sincerizados, con un moderno equipo de irrigación, autorizados por el Superior Gobierno y con el visto bueno del Departamento Nacio-

nal de Higiene y de la Prefectura General de Puertos. En cualquier forma no dejan de ser originales.

En determinados semanarios aparece de un tiempo a esta parte una interesante propaganda de la Sociedad Anónima Psychology Foundation. Esta sociedad se dedica a enviar mediante el molesto desembolso de cuarenta centavos en estampillas, la obra titulada La Clave del Desarrollo de las Fuerzas Internas, título que tal vez hubiera sido mejor dividirlo en tres tomos. Además de la distribución gratis de este libro, hay otras cosas. Son estas:

El que escriba inmediatamente recibirá también un ejemplar Mapa Auto-Análisis del Profesor Knowles, así como también una explicación detallada del carácter. Sírvase copiar de su puño y letra, los siguientes versos y envíalos:

"Quiero fuerza de Espíritu Poder y fuerza en la mirada. Rúegole lea mi carácter. Y envíeme su libro".



Todo está muy bien, hasta el Mapa-Auto-Análisis del renombrado profesor, aunque es de lamentar el poco tino demostrado en la elección de la composición poética. Se resiente de un lamentable clasicismo y sentimentalismo que no está de acuerdo con la época que vivimos. No hubiera sido mucho mejor algo al estilo de:

Quiero triceps espirituales. Poder y bíceps en el mundúco. Descarta me hablase por telón.

Y sacúdame la persiana. Se apartaría indudablemente de toda influencia gongorina y parnasiana, pero estaría más de actualidad.

Voces

Por P. HERREROS

A veces nos sucede con escritores que gozan de gran fama lo que con muchos dios: apenas se pone uno en contacto con ellos, la desilusión es completa.

Hay mujeres tan monas, con alma tan de mona, que mas parecen ascendente, que descendentes de esos inteligentes animalitos.

Mis hermanos, los mahometanos, piensan que la mejor religión es la de Alá; y mis hermanos, los cristianos, creen que es la de Cristo. Y yo no sé si quedarme con la de Alá... o con la de aquí.

POR

Animula Vágula

La Puerta de los Cien Pesares

Por RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DE A. RECHAIN

ESTO no es obra mía. El mulato Gabral Misquita me lo contó, entre la puerta de la luna y el alba, seis semanas antes de morir, y yo anotaba sus respuestas a mis preguntas. Como sigue:

Está entre el Callejón de los Caldereros y el barrio de los vendedores de pipas; a unas cien yardas, asimismo, a vuelo de cuervo, de la mezquita de Uzir Jan. Eso puedo confiarlo a cualquiera, pero le desafío a encontrar la Puerta, por más condecorador de la Ciudad que se pierda el hombre. Al callejón solíamos decirle El Callejón del Humo Negro, pero se entiende que su nombre indígena es muy distinto. Un asno con la carga no podría pasar entre las paredes, y en un lugar, justo antes de llegar a la Puerta, una fachada muy sobresaliente hace que las personas vayan de lado.

No es realmente una puerta. Es una casa. Hará cinco años que la consiguió el viejo Ching. Era zapatero en Calcuta. Dicen

que le dió muerte a su mujer estando borracho. Por eso abandonó el alcohol —el ron de bazar— y se tasó al Humo Negro. Después se vino al norte y abrió la Puerta de los Cien Pesares como un funadero quieto y decente. Decente es la palabra; no era uno de esos apretados turgios donde se asfixia el fumador. No; el viejo conocía bien el negocio y para chino era muy limpio. Era un tuerco bajito y le faltaban los dos dedos del medio. Sin embargo, nunca he visto a un hombre más hábil para hacer pildiritas negras. No lo afectaba el humo, tampoco, y lo que fumaba día y noche y noche y día era una verdadera temeridad. Yo estoy hace cincos años en esto y no le cedo a nadie, pero yo no era más que un niño al lado de Ching. Sin embargo, el viejo cuidaba su dinero, lo cuidaba muchísimo, y eso es lo que no puedo comprender. Oí que dejó grandes ahorros, pero su sobrino los tiene, y el viejo ha vuelto a su país para que le den sepultura.

El mantenía la gran pieza de arriba tan prolija, como nueva. Allí se reunían sus clientes mejores. En un rincón estaba el fuego de Fung Ching, casi tan feo como él, y siempre había jarras perfumadas que ardían en sus narices, aunque cuando el humo era denso no se sentía. Frente se hallaba el ático de Fung Tching. Había gastado gran parte de sus economías en él, y en cuanto alguno llegaba por primera vez a la puerta era inmediatamente conducido a él. Era de laja negra con cifras doradas y rojas; supe que Fung Tching lo había traído de China. No sé si era verdad o no, pero cuando llegaba temprano creo que estaba mi estera a los pies del ático.

Era un rincón tranquilo, sabe usted, y una especie de brisa del callejón entraba de vez en cuando por la ventana. Fuera de las esteras no había otra cosa en la pieza; únicamente el ático y el teso idolo, todo verde y azul y rojo, de viejo y de pulido.

Nunca nos dijo Fung Tching por qué llamaba al lugar la Puerta de los Cien Pesares. Era el único chino que combinaba mal los nombres, pues la mayoría los hacen floridos como verá usted en Calcuta. Nada influye más en uno, cuando se es blanco, que el Humo Negro. Los amarillos son diferentes; el opio nos los dice casi nada, pero el negro y el blanco sufren mucho. Por cierto que hay personas a quienes el opio no impresionaba más que el tabaco al principio. Tomaban una pequeña dosis, como para dormir naturalmente, y a la mañana siguiente están casi listos para el trabajo. Bien; yo era uno de esos cuando empecé, pero he sido perseverante durante cinco años y ahora es distinto.

Tenía una vieja tía en el camino de Agra; me dejó un poco al morir: unas sesenta rupias seguras, por mes. No es mucho. Recuerdo, y me parece que hacen cientos y cientos de años, una época que sacaba más trescientos por mes con pequeñas ventajas. Trabajaba en Calcuta en una empresa de maderas.

No me quedó mucho tiempo en ese trabajo. El Humo Negro no permite muchas otras ocupaciones; y aunque me afecta poco como yo, está viendo, no podría hacer un día de trabajo a fin de salvarme la vida. Después de todo, sesenta rupias es lo que yo quiero.

Cuando Fung Tching vivía me

ya terminado desde hace tiempo y yo retiro mis sesenta rupias cada mes y soy feliz. No obro de felicidad por siempre tranquilo, fiel, contento. ¿Cómo empecé? Fué en Calcuta. Fumaba en casa para saber cómo era. Nunca fui muy lejos, pero creo que mi mujer debe de haber muerto entonces. De todas maneras me hallé aquí y conocí a Fung Tching. No recuerdo exactamente cómo sucedió, pero me habló de "La Puerta" y yo empecé a ir; nunca me fui de allá desde entonces. Sepa usted que "La Puerta" era un local respetable en tiempos de Fung Tching; se estaba confortable. No como en esas "chandoo-khanas", donde van los negros. No. Era limpio, tranquilo; nunca estaba lleno. Es verdad que había otros aparte nosotros. Pero teníamos siempre una estera por persona y una cubitera de una cubitera de dragones negros y rojos; igual al ático del rincón. Al final de la tercera pipa los



que fuera, entre los negros, claro está. El sobrino no se anima a llevar un blanco o un mulato. Nos consaría a nosotros tres —yo, la mensahib y el otro eurasiático— porque somos ya estables. Pero por nada nos daría "una pipa".

Uno de estos días espero morir en la puerta. El persa y el hombre de Madras están terriblemente temblones y tienen un caddy para encenderles las pipas. Yo siempre hago eso solo. Los verá arrastrarse antes que yo. No creo poder sobrevivir a la mensahib o Tsing Ling. Las mujeres duran más que los hombres en el humo negro, y Tsing Ling tiene mucho del viejo y por eso fuma "del barato".

La mujer del Bazar supo dos días antes que se moría y murió en una estera limpia, con un almohadón bien millido, y el hombre colgó su pipa encima del Budha.

Siempre la quiso, creo. Pero lo mismo tomó sus anillos y sus pulseras.

Yo quisiera morir como la mujer del Bazar, en una estera limpia y fresca, con una pipa del bueno entre los dientes, cuando sienta que me voy se lo pedirá a Tsing Ling y podrá seguir retirando mis sesenta rupias por mes, hasta que se harte. Luego me echará de espaldas, tranquilo y confortable, y verá a los dragones rojos y negros pelear su última batalla, y después...

Después, nada me importa mucho a mí; sólo quisiera que Tsing Ling no pusiera afrecho en el Humo Negro.



3 PARES DE ZAPATOS

Por Andrés Birabeau
Ilustración de GUEVARA

El cerrar la puerta en las narices de un acreedor impertinente no resuelve el problema: el acreedor volverá por segunda y por tercera vez.

Jack Buval con triste recordaba aquella época cuando podía liberarse de su zapatero dándole un puntapié calzado en los zapatos sin pagar.

Ahora este ciudadano (el zapatero) llevaría el asunto de manera que no permitiría semejante acción. Aun más todavía, el acreedor se pone tan repelente que Jack siente un descomulgado ardiente de pagarle con tal de no ver su atrevida y antipática cara.

Desgraciadamente en estos momentos trágicos a Jack le falta lo principal: el dinero.

Jack no pertenece a la clase de gente a quien le gusta trabajar; se mantiene generalmente con lo que pide prestado a sus amigos, "hasta el martes".

Este "negocio" está organizado muy bien, comercialmente. Jack tiene una larga lista de personas que divide en tres categorías: "fáciles", "difíciles" e "inabundables". Las dos primeras no exigen explicación; a la última pertenecen amigos y conocidos a quienes ya no se puede "sahlear" más. Al lado de cada nombre está anotada la suma y la fecha.

Jack asegura a sus amigos, y un poco a sí mismo, que lleva esa teneduría con el fin de saber cuánto debe y cuándo tendrá que pagar, pero es más sencillo suponer que esa teneduría le indica a quienes y cuándo se puede dirigir para pedir tal o cual suma "hasta el martes".

El día que Jack resolvió firmemente pagar a su zapatero el estado de su lista era pésimo. A todos los "fáciles" ya le había pedido distintas sumas, de manera que ellos automáticamente se convertían en "difíciles". Ciertamente que podía animarse y hacer una tentativa con los "inabundables", pero para eso hacía falta inventar algo ingenioso y Jack no se sentía inspirado.

—¿Sería posible que sea otra vez el zapatero? —
—Sea como fuese hay que abrir sino este sinvergüenza es capaz de romper el timbre antes de irse.

Jack abre la puerta. No es el zapatero sino Paul Antier, su antiguo amigo. Jack mentalmente revisó su lista y pensó: —¡Dios! Qué mala suerte... El destino me manda en estos difíciles momentos un amigo, pero es de los "inabundables". —
—¿Amigo querido! — empezó Paul al sentarse en uno de los sillones — tú podías hacerme un gran favor, salvarme la vida... —
—No me asustes... Explicátele.

—Es decir, no se trata de salvar la vida en el sentido material de la palabra, pero de ti depende que yo fuera el más feliz de los mortales o que quede humillado y avergonzado para toda la vida.

Ah... ¿Y de qué se trata? Seguramente alguna historia amorosa... —
—¿Qué perspicaz eres! Yo siempre he admirado tu inteligencia. Si, tienes razón, es una historia amorosa. Imagínate, conquisté una mujer de la mejor sociedad, inteligente, culta, rica, casada, sentimental, orgullosa... pero no te rías, tonto, te digo que es de la mejor sociedad... —
—¿Muy bien, te creo pero... ¿en que puedo ayudarte? —
—No te apures y escuchá: la conocí y empecé a hacerle la corte y... ¡la conquisté! Pero no te rías como un estúpido, sino te voy a contar nada... —
—Me río porque estoy contento, contento por ti, por tu felicidad... —
—La conquisté pero justamente aquí empieza la tragedia... Tú sabes que yo vivo en la casa de mi hermana y no puedo recibir a nadie... ¿me comprendes? —
—Sí, sí, continúa... —
—Desde que mi victoria es completa empecé a buscar un pequeño departamento, una "garçonnière" y no encuentro nada (me comprendes? ni un departamento aceptable, la verdadera crisis de viviendas... ¡carambal!... En algunas casas me han prometido piso para el mes de marzo, pero esperar más no es posible. Mi diosa expresó el deseo de ver mi casa y yo estoy representando un papel de zorro. No le puedo decir que vivo en la casa de mi hermana, ella jamás me perdonaría una vulgaridad semejante... Y ahora para colmo su último capricho... —
—¿Qué capricho? —
—¿Sabes que se acerca la Navidad. Anteayer ella me dijo que su esposo se ausenta por un negocio urgente a Inglaterra y que le gustaría pasar la Nochebuena conmigo, pero no puede invitarme a su casa por los sirvientes y si yo le prometo un verdadero árbol de Navidad, con velitas, nueces doradas y una gran estrella en la copa, ella iría a mi casa para resucitar recuerdos de la niñez... —
—¡Ah!... Son muy originales los recuerdos de la niñez de esta señora... —
—¿Zorro! Yo te dije que es de una naturaleza sentimental y fina, tú no entiendes nada de eso, pero ahora vamos al asunto... —
—Ahora el asunto es que tú quieres que te preste mi departamento para la Nochebuena... —
—Jack, eres de una comprensión asombrosa, te das cuenta de todo sin una palabra. Yo siempre dije que si tú hubieras estudiado o hubieras trabajado en algo llegarías a mucho... —
—Basta, basta, ahora no hablamos de eso; claro que te haré este favor y te prestaré mi departamento. ¡Ni qué hablar!... Voy aquí directamente al atardecer o cuando quieras, la llave la tendrá

el portero. Te recomiendo que le des una propina, él adora estas atenciones y te servirá muy bien.

Paul encantado llegó hasta darle un beso a su amigo y corriendo bajó las escaleras. Jack se limpió la cara con su pañuelo, sacó su famosa lista y pasó el nombre de Paul Antier de la categoría de los "inabundables" a la de los "difíciles".

La propina tuvo una acción mágica sobre el portero. Escuchó a Paul con suma atención y solemnemente declaró que "el señor puede estar tranquilo, pues él personalmente atenderá a la señora y la guiará hasta el departamento".

Paul llegó al departamento a la mañana y trabajó como un burro todo el santo día. Cambió la disposición de los muebles, sacó de las paredes algunas fotografías, dejando todas las femeninas; cambió algunas luces para más efecto y al fin ubicó y arregló el principal motivo de la fiesta, el árbol de Navidad.

A las ocho ella apareció, rosada y encantadora como una ilusión, llenando el departamento con la fragancia de perfumes caros, de juventud y de frescura. Paul quedó embobado, sin atreverse a acercarse a ella.

—¿Qué lindo departamento! — exclamó en el umbral del sillón. — ¡Qué encanto! No en vano se dice que la vivienda refleja el alma del dueño. Así me lo imaginaba: todo sobrio, elegante, de buen gusto, inteligente, como usted mismo... —
—No se burle de mí... murmuró Paul ruborizándose de placer, — es solamente una "garçonnière", un soltero no puede ocuparse de la casa.

—¡Oh no! En todo está el sello de buen gusto. Estas alfom-

—¿Qué bueno es usted, — dijo quedamente tomándolo de la mano.

Paul se sentó en la alfombra a sus pies.

—Así estoy muy bien — murmuró ella — quedémosnos así, sin hablar, mirando el árbol.

En ese momento se oyó el timbre fuerte y atrevido. Ella asustada miró a Paul.

—¿Quién es? ¿Espera usted a alguien? —
—No... A... a... nadie, eso no debe ser para mí... —
El timbre se asustó. Representaba con tanta naturalidad el papel del dueño de la casa que ya le parecía que el departamento pertenecía, y el desconcertante timbre lo hizo volver a la realidad.

—¿Aunque no sea para usted debe abrir para ver quién es... Tengo miedo... —
Paul también comprendió que lo mejor sería abrir, pues de lo contrario el misterioso visitante quizás insistiría más.

Después de cerrar todas las puertas Paul salió al vestíbulo y, dándose ánimo, abrió la puerta.

Delante de la puerta estaba un hombre de anchos hombros y cara enrojecida. Miró con cierto desprecio a Paul y dijo: —
—¿Tengo que ver al señor Jack Buval? —
—El señor Buval no está en casa.

El desconocido enrojeció más todavía y golpeó con el puño la puerta con tanta fuerza que cayó la pintura del cieloraso.

—Déjese de embromar, bastante me hizo esperar; sé que Buval está en casa y deseo verlo inmediatamente; dígame que no me iré sin verlo.

—¿Pero ¿quién es usted? — preguntó Paul, molesto por los gritos del desconocido.

—El sabe muy bien quién soy, soy su zapatero y tengo su cuenta sin pagar desde yendo un año. Hoy es la víspera de la fiesta, necesito plata y no me iré sin cobrar mi cuenta... ¿Me entiende usted? ¡No me iré!

Las últimas palabras del zapatero semejaban ruidos del león.

—Pero yo le digo que el señor Buval no está en casa... ha salido... —
El zapatero miró a Paul con tanta rabia y tan resueltamente llenó sus pulmones de aire para gritar más fuerte todavía que Paul

encargados por el señor Buval 1.500 francos".

Los ojos de Paul salieron de las órbitas.

—¿Cuánto?... —
—Son 1.500 francos, repitió el zapatero.

—¿Derrochador, animal, atorrante, — mentalmente insultó Paul a su amigo, — 1.500 francos por tres pares de zapatos gasta este sinvergüenza... —
—No tengo conmigo tanta plata, — trató de explicar al zapatero — venga usted mañana... —
—¡Basta! Deseo recibir mi plata, ¡me fastidia esta comedia! — rugió el zapatero acompañando cada palabra con un golpe en la puerta, que temblaba como un arbolito en una noche tormentosa.

—No grite, no grite, por favor, — suplicó Paul.

Por su mente cruzaron distintos pensamientos. ¿Qué hacer? ¿Pagar a este bandido 1.500 francos? Pero es plata perdida. ¿Negarse a pagar y echarlo afuera? Pero entonces él levantará un escándalo, "ella" saldrá y se va a enterar que no soy el dueño del departamento. ¿Qué vergüenza! ¿Qué horror! No, es preferible perder 1.500 y no a la persona querida que está allí sentada mirando con sus hermosos y entristecidos ojos el árbol de Navidad... —
—Aquí tiene usted el dinero, — resueltamente dijo Paul —, dame la cuenta y mándese mudar en seguida.

—¿Qué pasa? ¿Quién vino? — preguntó "ella" a Paul apenas él traspasó el umbral de la sala — ¿temi tanto por usted... —
—No es nada, era mi zapatero... —
—¿Y por qué gritaba tanto? —
—Este... él es sordo como una tapia y los sordos ¿sabe usted? gritan mucho al hablar.

—¿Pero qué idea la de este hombre, venir en la Noche Buena... —
—Quería cobrar la cuenta; el pobre necesita el dinero, aunque la cuenta es insignificante: 1.500 francos por tres pares de zapatos... —
—1.500 francos por tres pares de zapatos! ¿Qué derrochador es usted! Pero yo noté en seguida que usted usaba un calzado magnífico.

—Y... ¿qué va a hacer? No es posible economizar en el calzado.



se asustó de veras.

—¡Por Dios! No grite tanto... hay aquí... un enfermo. Si es necesario yo le pagaré la cuenta.

—Habrá que cobrarle después a este animal de Jack, — pensó Paul.

El zapatero se tranquilizó en seguida.

—Esto es otro cantar, así hubiera empezado. Y me viene con la historia de que no está en casa... ¿Quién le va a creer? No soy ningún zorro... —
—¿Cuánto es la cuenta? — preguntó Paul impacientemente, pensando: "Espero que no será más de 500 francos".

—Estoy muy contento de haberle hecho un favor prestándole mi departamento, — dijo al otro día Jack a su amigo — y gustosamente se ofreció mi casa si la necesitara otra vez, pero no comprendo por qué has roto en pedazos todas las fotografías femeninas que adornaban las paredes.

—¡Por Dios, discúlpame! Es que mi amiga es muy celosa.

—¿Muy celosa? ¿Me cela a mí? —
—No a ti... como no lo comprendes... Ella pensaba que yo soy el dueño del departamento... Y, a propósito, tengo una cuenta contigo.

Jack lo miró extrañado.

—Después de todo, todavía yo te debo plata a ti. ¿Por qué? —
—Paul le contó la visita del zapatero.

—¿Cómo! — se indignó Jack — ¿y tú le pagaste 1.500 francos? Pero ¿quién te lo pidió? ¡Si es un bandido este zapatero! Siempre pide una cuenta triple por su mercadería. Jamás en la vida le pagaría 1.500 francos... Es una locura... Me has hecho un flaco servicio... —
—Paul se sintió abofeteado.

—Comprendes... yo no sabía qué hacer... El amenazaba con un escándalo... —
—¿Pero ¿y qué hay? Deberías echarlo simplemente... —
—No pude... tenía miedo... ¿Comprendes?... Mi situación... —
—¡Ah! tu situación... Y por tus aventuras soy yo quien paga el pato... —
—Pero no, hombre, yo mismo comprendo que soy culpable, me devolverás cuando tengas plata disponible, no corre prisa... —
—Y bien entonces es otra cosa, — suspiró Jack con alivio —, me has asustado de veras... 1.500 francos es una suma respetable... —
Una hora más tarde Jack estaba en la casa del zapatero.

—De modo que el asunto resultó lo más bien, — dijo —, usted cobró 1.500 francos, de los cuales 500 son para usted, como pago de mi factura y los restantes para mí. Gracias a usted pude cobrar a este pillastre la cuenta que me debe desde hace años; estuvo obligado a recurrir a esta picardía. ¿Qué se va a hacer! En la época en que vivimos, sin eso no se consigue nada... Muchas gracias, amigo, no se moleste, no me acompañe, conozco bien el camino; volveré uno de estos días para hacerle un encargo grande... —

DETRAS DE LA REVOLUCION

La ciudad de Silao presentaba un aspecto nunca visto; en la estación del ferrocarril había innumerables trenes estacionados en los escapes, mientras que las principales servían para el uso continuo de los trenes que llevaban refuerzos y provisiones al frente. Como ya he dicho en un artículo anterior, el combate desarrollábase en una línea de varios kilómetros que tenía por centro la estación de Trinidad; por lo tanto, era allí donde el general Alvaro Obregón tenía establecido el cuartel general a bordo de su tren. Por otra parte, el hecho de que fuera el lugar el centro de la batalla significaba que ambos contendientes trataban de arrebatarle la vía de comunicación del centro del país que ya directamente de la ciudad de México hasta Ciudad Juárez, en la frontera con los Estados Unidos. Así, la realidad, más que las posibilidades era la vía lo que se disputaba encarnizadamente por Obregón recibía refuerzos y municiones de Veracruz, capital provisional del país, pasando por México, y Villa hacia lo propio por el otro lado viniendo de la frontera.

En Silao organizábase las provisiones que luego eran distribuidas en los diferentes sectores. También allí llegaban las mercancías que necesitaban descargarse o debían ser reorganizadas por los bellos señores de las haciendas. Por todo esto la población vivía días agitados como al mismo tiempo iban convirtiendo a la mayoría de los peñones habitantes en activos comerciantes. El ejército mejicano es quizá el único del mundo donde el soldado no recibe comida de cuartel; así, en esa línea, entrecruzábase una ración de harina, café, azúcar y otras provisiones y él debía buscarla de la manera de preparar sus alimentos. Por eso muchos viajaban con mujeres y otros reuníanse en pequeños grupos de compañeros para alquilar los oficios de alguna cocinera que nunca fallaba, pero la mayoría optaba por cambiar sus raciones por alimentos ya preparados. Debido a todo esto había una turba de miles de acompañantes y vendedoras que seguían constantemente la misma línea de fuego, donde vendían la mercancía al doble precio que valía en la retaguardia. Estos vendedores hacíanse llamar pomposamente "comerciantes" y eran considerados como parte integrante del ejército, permitiéndoles viajar como impedimenta en los trenes militares.

Las infanterías permanecían en los trenes o acampaban junto a ellos, listas para embarcarse a la primera orden. La estación era, por lo tanto, una verdadera feria donde la tragedia y la pantomima confundíanse a menudo. Allí estaban los batallones yaquis, las famosas infanterías indias que debían dar la victoria a Obregón, probando así, una vez más, que esa arma es el nervio de la acción guerrera, táctica que no podía entender Villa, acostumbrado a sus hazañas de guerrillero, en las que, naturalmente, la caballería jugaba el principal papel por la rapidez de su movilidad, que permitía sorprender a un enemigo numéricamente inferior. Demanda el traslado de la batalla, que se prolongó por varias semanas, Villa siguió ordenando cargas feroces de caballería, que iban a estrellarse frente a las trincheras de los yaquis, a quienes su religión prohíbe dar la espalda al enemigo, pues creen, pareciéndose en esto a los japoneses, que el alma de un guerrero muere al momento de ser herido inmediatamente el cuerpo. El yaqui es un bello tipo de indio alto, fuerte, bronceado, de inteligencia muy viva y posee una extraordinaria resistencia física. En aquella campaña vestían un uniforme casi amarillo oscuro, calzaban sandalias de cuero e iban tocados con un sombrero tejaño con cinta roja y adornado con varias plumas de pavo. Cuando andaban mezclados con el ritmo de los marineros, debido al enorme peso de las carterillas que les throudbaban la cintura; llevaban cuatro o cinco de esos cintos abiertos de cartuchos relucientes y su lujo consistía en llevar el mayor número posible. Junto a los trenes, bajo los escarpes, muchos yaquis tendíanse para reposar y dormir. En alguna ocasión, cuando un yaqui fatigado despertaba de su sueño, encontrábase semienterrado en la tierra, con su sombrero clavado en una estaca, como si ya estuviera muerto; el yaqui saltaba sobresaltado y sus compañeros, autores de la broma, reían a carcajadas. Cuando partían, y durante la pelea, tocaban un diminuto tambor, que daba un sonido rápido y monótono, al que seguían como a una hembra. El tamborecillo yaqui es la voz de la tribu, la voz imperiosa de la raza que los invita a pelear contra el

hombre blanco y nunca dejan de responder. La estación del ferrocarril era un paseo divertidísimo que tenía, además, el atractivo del peligro, casi la emoción del combate, porque era frecuente que las armas se dispararan involuntariamente o muy intencionalmente en casos de riña o insubordinación, muy naturales en un ejército mal disciplinado. También tenían la costumbre todos los soldados de que en el momento de abandonar una población a bordo de un tren, disparaban sus armas desde arriba de los furgones, por lo que, desde la ciudad y aun desde los villistas, podía apreciarse la importancia de la fuerza que partía por la intensidad y duración de las descargas. Estas salvas eran la forzosa despedida que muchas veces era para siempre y que ya tenían el sabor del combate.

Junto a los coches pullman de los generales siempre estacionábase una multitud de curiosos, ávidos de conocerlos. Los generales tenían admiradores devotos como en España los feroces y en Montevideo y Buenos Aires los futbolistas. La gente contaba las proezas de éste o aquél y pronosticaba sobre sus intenciones; muchos aseguraban que no sería él hasta el final de la batalla, mientras otros pretendían que

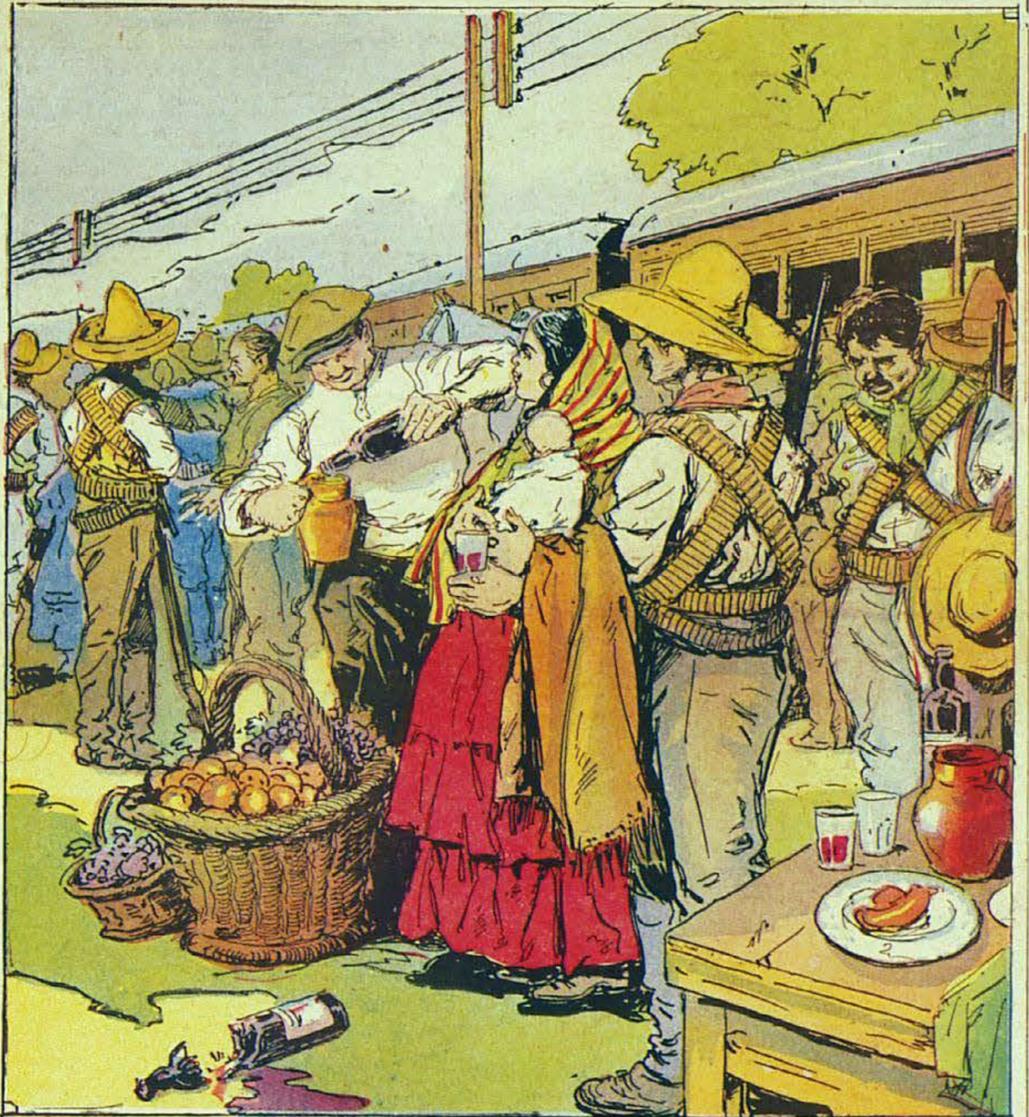
por FERNANDO ROBLES

por disfrutaban del mismo lujo de sus jefes, y había en todas las brigadas, sobre todo en las villistas, una verdadera rivalidad de esplendor. Cada brigada tenía su banda de música, que hacía oír frecuentemente sus acordes cerca del tren. La mayor parte de los generales hacíanse acompañar durante la campaña por alguna amante, y ésta era siempre una linda y lujosa muchacha, que ponía un color romántico a las aventuras guerreras del militar. Una tarde en que paseaba por la estación tuve la agradable sorpresa de encontrarme a un antiguo amigo de mi familia que no suponíamos en la revolución y que ahora me abrazaba vestido con uniforme de capitán primero de estado mayor. El también alegróse mucho de encontrarme en aquella ciudad y me invitó a que lo acompañara a

tras conversaban subieron al vagón dos muchachas, en compañía de un coronel que buscaba al general. Una era rubia y de regular estatura, pero con un cuerpillo de primor; según me dijeron después era la amante de un general, pero bien podía suponérsela una damita de la mejor familia; la otra era morena y de ojos profundos, toda ella capullo criollo en flor. Ambas llevaban grandes sombreros tejados de color blanco y cubriábanse con amplias capas militares. No sé si me las presentaron, pero lo cierto fué que yo toqué sus manos y desde aquel momento ya no pude olvidárlas y pronto desperté en mí el atavismo guerrero de mi raza; ya sólo deseé ser militar y llegar a ser general para morir en una acción justa a una mujercita como aquellas, que llorara mucho y cubriera la trágica muerte de mi muerte bajo la anchura ala de su blanco tejano.

El general Alejo González no llegó porque estaba conferenciando con otros jefes; pero mi amigo fué autorizado por el coronel para que tomara ocho días de descanso donde quisiera. Al salir del vagón y confundirnos entre la multitud de la estación, mi amigo me tomó por el brazo y me dijo muy quedo: "Eso era lo que quería, ya no puedo más, en ese maldito com-

inmóviles que aun no despedían mal olor. Así, el general Obregón opinaba que sería muy conveniente darle un "piquetito" al enemigo por ese lado para ver cómo respondía, pero lamentábase de no tener a mano fuerzas suficientes de caballería para intentarlo. "Válgame, mi general—dijo Alejo—, yo le aseguro que para tomar esa porquería de loma no se necesita mucha gente". "Si se necesita—respondió Obregón—, no podemos hacerlo con menos de quinientos hombres". "Quinientos hombres...—repuso Alejo González— yo con tan sólo mi estado mayor y mi escolta la tomo". "Estás loco—le decía Obregón sonriendo—; esos malditos villistas deben ser muchos, y me temo que intenten un flaqueo por aquí". "Bien, mi general; con permiso de usted ahora mismo lo vamos a ver". Y sin esperar la respuesta de Obregón picó duramente en los ijares al caballo, que arrancó del grupo de jinetes. "Eh, hijos! ¡Alistarse! Vamos a ocupar aquella loma. Ordenen a la escolta que se dispersen bien para evitar que nos tumben mucha gente. Los oficiales harán fuego sobre todo soldado que vacile; conque ya saben... No disparen hasta estar sobre el enemigo, nomás arremánguese la manga derecha para no confundirnos y usen solamente las

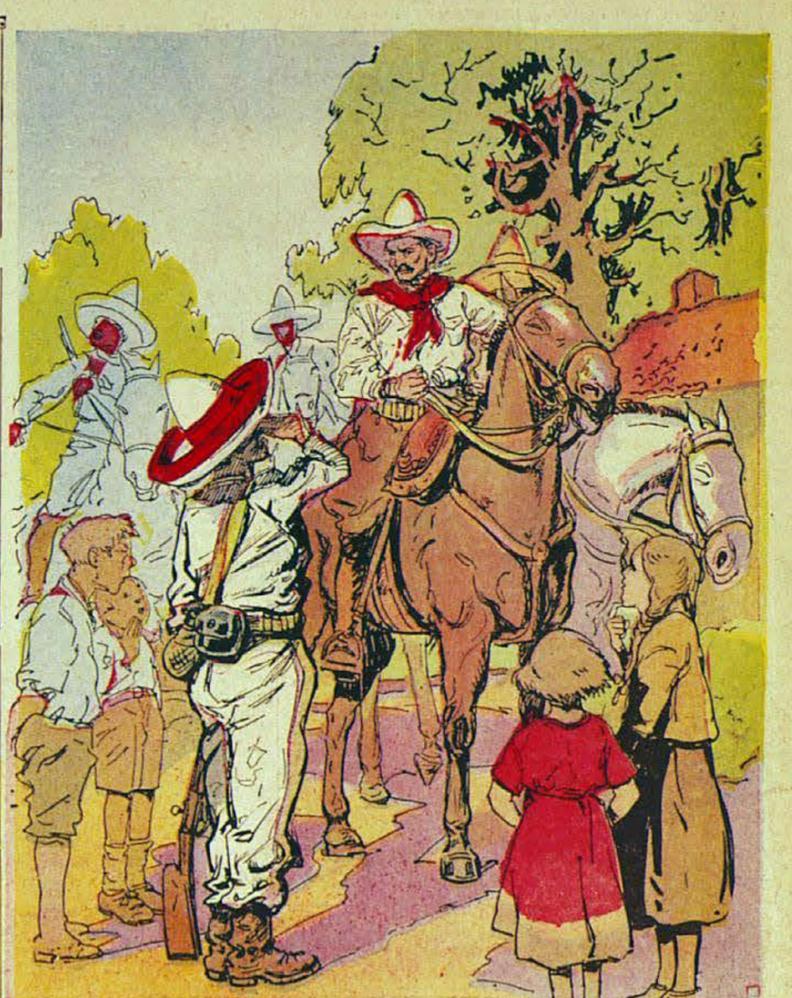


era el llamado a decidirla. Los generales eran, en verdad, las estrellas del ruinoso y sangriento espectáculo de la revolución. Yo, adolescente, desde que nos habíamos instalado en nuestra casa de Silao, pasaba los días en la estación admirando a los generales; realmente nosotros, los mejicanos, aun los más ruidosamente civilistas y hasta socialistas, hemos deseado mucho llegar a ser generales. En México un general era algo verdaderamente único y estupendo. Casi todos vestían pantalón de montar y botas, casi nunca portaban el chaquetín, debido al calor primaveral de la estación, pero las camisas eran de la más fina seda y los amplios sombreros tejados eran de la mejor calidad y extraordinariamente costosos; lucían a la cintura una flamante pistola automática sobriamente enfundada y suspendida de un cinturón cubierto de brillantes proyectiles, y en lugar de corbata andaban al cuello un ancho pañuelo de estado ma-

presentarse al cuartel general de la Brigada Regionales de Coahuila. Poco faltó para que yo le saltara al cuello; él iba a recibir órdenes del coronel Chapa, jefe del estado mayor, y yo quería iba a tener oportunidad de conocer al general Alejo González, que con el general Maycotte disputábase por entonces el honor de la juventud y de la valentía entre los carrancistas. Ya era popular en el frente la amistosa rivalidad de estos dos generales, que deseaban superarse en bravura. Por eso yo no podía dejar escapar aquella oportunidad de conocer a uno de los valientes generales. Desgraciadamente, en el pullman del general sólo encontramos al jefe del estado mayor en compañía de otros oficiales. Todos ellos comentaban los incidentes de la última batalla que habían intervenido, y felicitaron, no sin cierta envidia, a mi amigo por su comportamiento durante la acción que le había valido un galón más de la predilección del general. Mien-

bate hemos perdido tres compañeros del estado mayor y más de la mitad de la escolta; mucho me temo que en el próximo sea a mí a quien me toque caer. Figurate que hace dos días acompañamos al general a conferenciar con Obregón; después, en Trinidad, tomamos los caballos y nos reunimos al jefe del ejército, que proponíase, acompañado por mi general, visitar un sector de la línea de fuego donde el enemigo había hecho replugar toda una brigada esta mañana. Llegamos a un rancho casi destruido por el cañoneo, en el que los nuestros, pie a tierra, resistían al enemigo, sumergidos entre el lod de las zanjas. En aquel momento apenas se oía de cuando en cuando una detonación, pero ambos contendientes se espían, listos para echarse el uno sobre el otro. Detrás del rancho, protegidos por los bordes de las presas, estaban los caballos y unos cuantos soldados de refuerzo. El general Obregón ya había ordenado que se movieran unos batallones rojos para ese sector, pues quería aliviar la penosa situación de los nuestros, que tenían que permanecer en el lodazal de las zanjas, y además desconfiaba mucho del enemigo, que había ocupado la excelente posición de la loma. Obregón decía que por aquel lado el enemigo debía estar muy fuerte para haber hecho replugar a toda una brigada, y el general encargado del sector aseguraba que el enemigo había sido reforzado, pues la acción había sido rápida y mortífera para los nuestros. En efecto, el campo que se extendía entre el rancho y la loma estaba cubierto de cuerpos

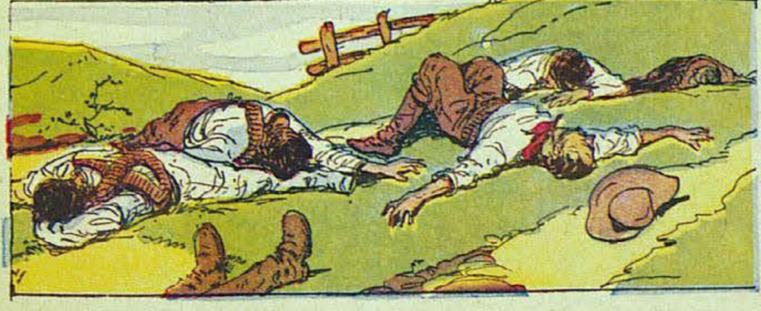
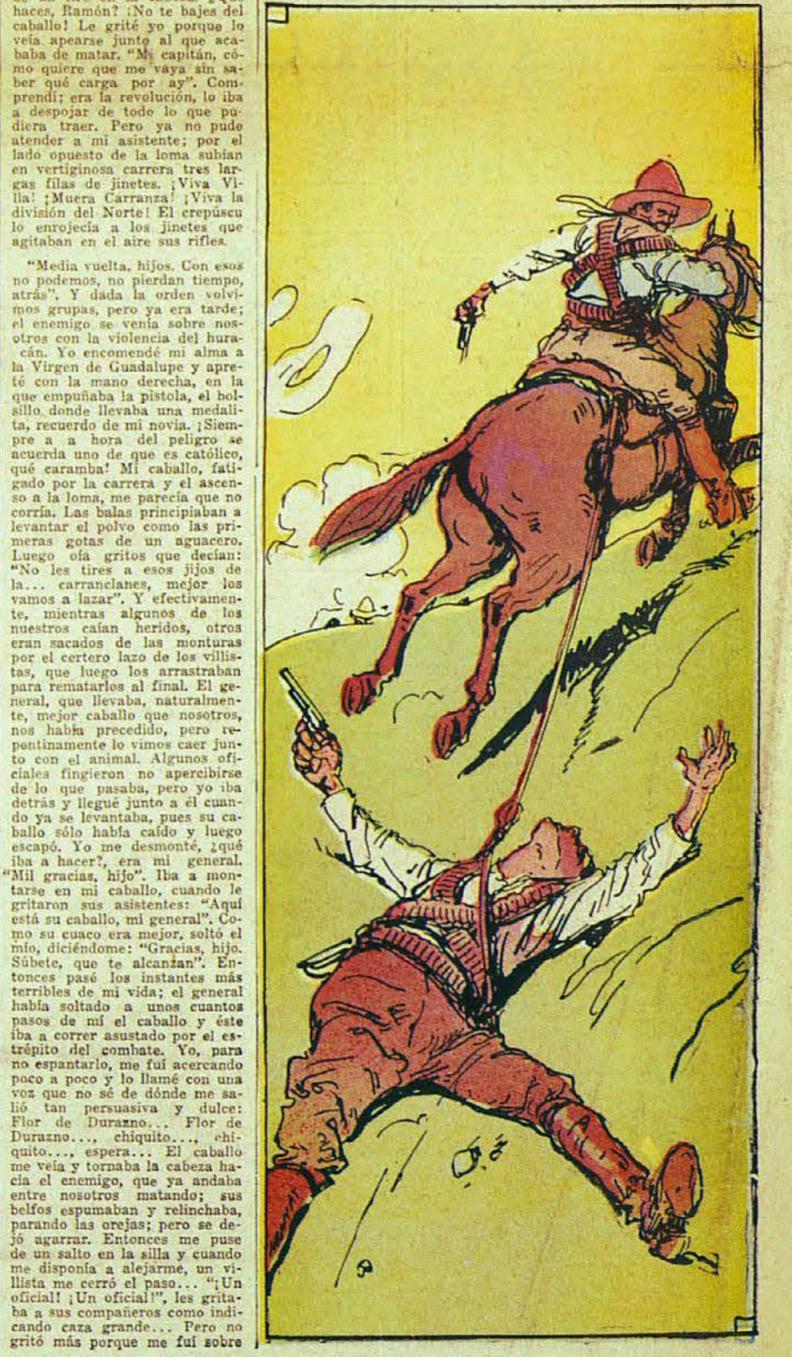
pistolas. Vamos a ver, hijos... ¡Adelante! ¡Viva Carranza! Partimos como un relámpago; los caballos, excitados, querían aventajarse en una carrera que tenía por meta la cumbre de la loma. El primer aviso nos había paralizado, era la última hora para muchos de nosotros; pero no había remedio, era preferible jugarse la vida con el enemigo y no perderla fusilado por nuestro general. Yo anecé brutalemente a mi caballo y corrí los ojos; cuando los abrí, mi buen cuaco subía la loma como un galgo, pero repentinamente se encabrió y quiso devolverse, por lo que por poco me arroja al suelo; a unos cuantos metros acababan de hacer una descarga cerrada sobre nosotros. Volví a picar con las espuelas a mi caballo, y cuarteándolo con la derecha lo hice saltar un petretero; entonces saqué rápidamente la pistola, ya estábamos entre los villistas, que, pie a tierra, disparaban y corrían, tratando de bajar la loma en sentido opuesto; parece que les habíamos caído cuando estaban desprevenidos. Inmediatamente principié la carnicería; los seguíamos pistola en mano y los hacíamos caer con certeros disparos. Ellos casi no se defendían. Nosotros gritábamos: ¡Viva Carranza! En la confusión, ellos



sólo maldecían y trataban de escaparse tirando los rifles. Recuerdo muy bien a uno que perseguía mi asistente: "No te me encarpas, hijo de la... ¡villista!" Los proyectiles hacían saltar la tierra atrás y adelante del fugitivo; por fin, éste dió un salto terrible y cayó muerto de un tiro en la cabeza. ¿Qué haces, Ramón? ¡No te bajes del caballo! Le grité yo porque lo veía apearse junto al que acababa de matar. "Mi capitán, cómo quiere que me vaya sin saber qué carga por ay". Comprendí; era la revolución, lo iba a despojar de todo lo que pudiera traer. Pero ya no pude atender a mi asistente; por el lado opuesto de la loma subían en vertiginosa carrera tres largas filas de jinetes. ¡Viva Villa! ¡Muera Carranza! ¡Viva la división del Norte! El crepúsculo enrojecía a los jinetes que agitaban en el aire sus rifles.

el y a quemarropa le disparé no sé cuántos tiros... Ya ves, ése es mi heroísmo, muchacho; ése es mi maldito heroísmo hijo de la... Mi amigo estaba pálido, aun parecía ver la batalla. A esa hora la hoguera del crepúsculo apagábase, mientras los soldados encendían

las suyas por todas partes... Alguno cantaba atizando la lumbre: "Si Adelita se fuera con otro, le seguiría la huella sin cesar, en aeroplanos y buques de guerra, y si se quiere hasta en un tren militar..."



ILUSTRACION DE PEDRO ROJAS

EL BALDIO QUE CUIDA EL PERRO

ES un error creer que solamente en las viejas y populosas ciudades de Europa viven los seres de situaciones morales raras. Como es que esta Buenos Aires, de cerca de tres millones de habitantes, tiende a simplificar su alma yanzinándose; pero que existen en ella personas singularísimas, también es cierto.

El caso Donaldí, precisamente, no es un modelo de simplicidad.

Hace tres meses que Donaldí dejó de ser para mí el misterioso paseante solitario.

En qué parte del mundo no hay siempre un misterioso paseante solitario? Hasta que se descorre el velo de su misterio, y si queda entonces el solitario es mucho.

Este Rinaldi habla misteriosamente conmigo todas las tardes, me ha revelado el secreto de su vida, y, sin embargo, lo prefiere solitario y misterioso como antes.

¡Qué destino perro el suyo! Tan perro como el perro que dió ocasión a nuestra amistad y que le ha servido en sus relaciones como ejemplo de su propia persona.

Durante un tiempo fué Donaldí para mí ese hombre joven, de cara marchitada por una pena, de porte algo negligente, que buscaba como yo la plaza para distraerse. Al primer golpe de vista había notado en él un contraste curioso: una zoncera. Sus ropas, sencillas y finas, tenían algo de la pena de su rostro. Sólo sus zapatos alardeaban una impertinente alegría, no porque en ellos se advertiese un cuidado que su portador no ponía en nada, sino porque siendo de charol espejaban lindamente.

El misterioso sentábase en un banco apartado. Sus negros ojos de morocho miraban desde allá las flores, los niños correteantes, los hombres y mujeres que cruzaban de regreso del trabajo. Pero esos ojos no dejaban de estar melancólicos un solo instante, ni su mano ce-

POR
Edmundo Montagne

saba de pasar con vago movimiento por la cara, como si quisiera alisarla de las dolientes arrugas que la ajaban. Cambiábase de cambiar posición en el asiento. Y de pronto, puesto de pie, parecía lleno de una esperanza de alivio que lo colmaría con solo echarse a andar. Hoy sé bien que mi presentimiento fué cierto. El me veía a mí y se decía: "Este es el contemplador por excelencia, pues se place en mirar, solamente en mirar. Yo también quiero complacerme en el cuadro que veo". Y se ponía a andar. Y llevaba sus manos atrás como un viejo. Y, ¡nada!: volvía a sentarse y a padecer.

He dicho que conversé con Donaldí a causa de un perro. Fue así. Iba yo, con el caer de la tarde, a dar mi vuelta. An-

duve dos cuadras. De pronto el misterioso sale de una casa también misteriosa. La fachada de esa casa la constituye un muro pelado de tres metros de alto y en ese muro una pequeña puerta, siempre cerrada.

Sin buscarlos, sin quererlo, marchamos apareados hasta el baldío próximo, donde había un perro de traza y pelaje lobuno, atado a cadena corta. En esos pocos pasos de compañía el pasante se sintió desasosgado y yo también. Hasta que, exclamando a la vista del perro "¡qué barbaridad!", sentimos que la coincidencia de nuestra exclamación había establecido una amistad que hacía tiempo nos veníamos profesando callada y distantemente.

Los dos a un tiempo nos habíamos compadecido del perro.

Una vez esta confesión, otra vez la otra, y siempre como si quisiera hacerse perdonar de mí su aspecto funerario. Donaldí me refirió poco a poco su suerte. El era como el perro del baldío. En otros tiempos cuida-

ba o amaba, que es igual, las bellas prendas del alma de una mujer. Esa alma ha quedado sin ninguna belleza y con todas las inmundicias imaginables, no sospechadas antes. Es como el baldío que cuida el perro. En él se veían, años atrás, conejos blancos, un gallo tornasol de pechuga dorada y cresta roja, señor en medio de pomposas gallinas, un colmenar zumbante de fecundas abejas. El perro tenía allí su explicación; pero no la tiene ahora que todo aquello no existe y que el baldío muestra solamente gallineros y colmenares convertidos en negrucas maderas desperdigadas y en que toda suerte de residuos son arrojados en el hueco por el vecindario. No se explica el perro, que, debido a la cadena corta que lo ata a su estaca, chapalea una mañana fría las aguas detenidas en su radio o busca un mediodía calcinante, y lo busca en vano, sombra y aire fuera de su miserable cageta que arde... Y el perro sigue cuidando, ¿el qué?... Va y viene vivaz, y alza el hocico y

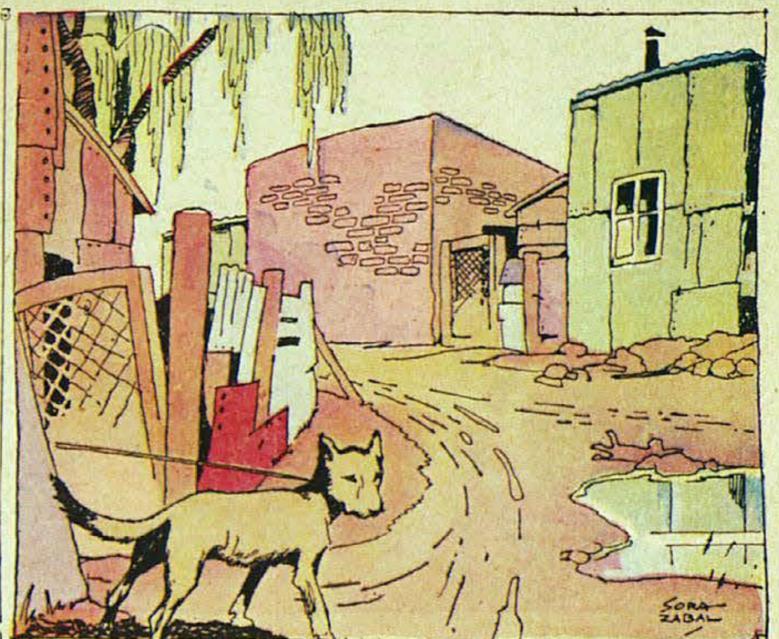


Ilustración de
Juan Sorazábal

lanza un par de ladridos ante todo el que pasa junto al cerco.

—Pero a mí no me tiene estado nadie, señor, nadie. ¡Y siigo cuidando un saco de inmundicias!

—¡Señor Donaldí!

—No me desdigo: una bolsa de inmundicias... ¡qué infamia la mía!

Con exclamaciones estupendas como ésta rompía mi amigo la forma figurada de sus primeras confesiones, y quedaba, los ojos húmedos, fija la mirada rabiosa en un punto distante.

Si el perro no le sirvió de pronto de acabadísimo ejemplo de sí mismo, ya lo sería más adelante. En cambio el baldío inmundido era, desde luego, su mujer de alma vacía y cuerpo emporcado. Porque antes, como el hueco, tuvo abejas, que lo fueron sus deseos de extraer de lo bello de la existencia las dulzuras que a él le brindaba; tuvo conejos blancos, que lo fueron el candor y la inocencia que habla en el fondo de su anhelo de vida; tuvo, en fin, hasta el orgullo de sus méritos, cuando en una vislumbre los comprendía, y entonces aquel carácter de mujer se erguía y ostentaba con la hermosura del gallo tornasol de pechuga dorada y cresta hermosa.

Pero, como dejó dicho, Donaldí fué abandonando el lenguaje figurado y habló con crudeza. Su mujer, a la que no le ligaba convenio matrimonial alguno, no sólo no era por esa razón su mujer, sino que no era persona, era un ser abominable. Habíase degradado en pocos años, llevada al principio de una así como furia por conocer los vicios ineliminables, y hasta ya de ver que todo era poco para su degradación, continuó, como continúa hasta el día, hecha un monstruo, sumida en el sopor del alcohol.

—Yo mismo le lleve el aguardiente que aborrezco: aguardiente puro. Esta es la forma de que no se me escape y la tenga que ir a sacar a duras penas de algún tugurio crapuloso. Desde que vivo en este barrio de trabajadores, del que ella ignoraba la ubicación, abrígo la esperanza de que me saldrá más. Aquí no tendría vagabunda ni vagabundo con quien juntarse. Quizá sospecha esto, a pesar de su embrutecimiento. En fin, que estar ebria constantemente es lo menos malo que puede hacer.

Así comprendí Donaldí la situación de la desdichada: una desdichada: una desdichada que

confesaba serle por culpa de él solamente, ya que él no quería abandonarla para siempre.

—¿Cuándo no te tendré a mi lado, para ser libre y dueña de mí! — solía reprocharle, agregando las palabrotas más soeces.

Donaldí creía ver en la prudencia con que yo recibía sus confesiones, una elevada comprensión perdonadora. Proporcional alivio y consuelo el hacérselas. Un día me comunicaba que había recibido una esquila de su madre llamándolo a participar de alguna fiesta tradicional del hogar.

Enternecido y radiante me leía las líneas. Y agregaba en seco: "no iré. Ella podría escaparse". Otro día decíame que acababa de ser llamado por el ministro. Este ministro, de Relaciones Exteriores, medio pariente suyo, era quien más se empeñaba en hacer que Donaldí no destruyera su carrera diplomática halagueamente comenzada.

—Siempre tiene reservado para mí un cargo, hoy en Niza, mañana en Sevilla, luego en Florencia.

Donaldí llegó una tarde hasta mi banco con desconocida expresión de deslumbramiento, al par que de timidez. ¡Le destruiría yo su contento, no obstante ser con él tan bueno!, era lo que parecía expresar.

Se animó al fin y me dijo: —¿Ahora está suelto!

—¿Suelto? ¿Quién?

—El perro!

Yo también había visto así al perro del baldío. Hacía días que estaba desatado y con el portillo del cerco abierto, y no se iba! ¡Seguía cuidando aquel montón de basuras!

La impaciencia casi alegre que se veía en Donaldí era para mí cosa nueva. Logré hacerle regresar más temprano a casa para que viéramos juntos el prodigio. Lo ocupaba el sentir de que él también debía de ser comprendido como aquel perro de fidelidad absurda en quien al cabo se personificaba por entero.

El animal, como él, estaba suelto y no se iba de la inmundicia, no dejaba de cuidar su pudridero.

Quando nos acercábamos allí, el perro, perfecto lobo, iba y venía en la vereda de barro frente al portillo, moviendo la cola, deteniéndose, parando las orejas, chispeantes los ojos. Su boca medio abierta, gozosamente jadeante, parecía una roja llama entre el hocico negrusco. Yo vi que Donaldí sintió asco al percibir el hedor proveniente del baldío. Lo vi ponerse triste y luego torvo así que nos aproximábamos al perro, quien a su vez, quieto de golpe en medio del portillo, nos aguardó gruñendo.

Llegado allí, Donaldí exclamó furibundo: "¡qué miserable!" Y arremetió a patadas con el animal. Este rugiente, abalanzado sobre su agresor, clavó repetidas veces los colmillos en las piernas, uno de cuyos zapatos fué a caer en el barro y el otro permaneció rajado de lado a lado, en su pie. Eufóricamente, al fin, interpuso yo mi bastón de amenaza y de paz entre perro y persona. Y cuando me volví hacia Donaldí, que sabía salido de la lucha con los pantalones desgarrados y las piernas sangrantes, vi que, renqueando, geseoso de meterse cuanto antes en su casa, sostenía un nuevo combate. Forcejaba por abrir la puerta hasta poder pasar por ella. En cambio, una rubia de cara repulsivamente abotagada, pujaba contrariamente por cerrar afuera a Donaldí, arrojándolo además con insultos: —¡A la calle, a la calle, porquería!

A un trastabullo de la mujer monstruo, Donaldí entró, y en su rostro, que volvió hacia mí para despedirse, vi un gran gozo, un gran gozo para el que esperaba más que nunca mi comprensión.

Ese inmenso regocijo en su rostro, por haber podido entrar, no lo olvidaré jamás.

Y el problema de este hombre, después de aquella escena en que se odió súbitamente en el perro, ha quedado suspendido, acaso para que ayuden ustedes a resolverlo, si es que mi amistad con Donaldí no me brinda al cabo la solución.

El perro fué retirado al fin por su amo. Y el zapato de mi amigo, símbolo de una vida de recepciones y fiestas diplomáticas perdidas para siempre, brilló unos días aomando su punta en la superficie del charco, pero hoy no se le reconoce ya, ganado como se halla por el verdor del tapiz que cubre las infectas aguas.

KEROSENE

Y.P.F.

SIN HUMO NI OLORES

100% ARGENTINO

MIRA BELLI 32

ALARME A SUS AMIGOS

T EODORO Wolff —aquel matemático de Berlín que en 1926 publicó *El problema de las dimensiones* y en 1929 *El certamen con la Tortuga*— acaba de inventar un otro problema, cuyo resultado inmediato es la humillación del interlocutor, o interlocutores, la consternación y el asombro. Se trata de un pequeño experimento práctico de suma (y traicionera) facilidad, seguido de un experimento mental de resolución increíble. El primero requiere la presencia de una manzana (que puede ser también una mandarina o un jabón Pears o un mingo de billar o un bolón o cualquier otra esfera) así como de un metro y de un piolin. Una vez requisados los objetos, se ciñe la manzana con el piolin hasta que éste quede tirante. Luego se añade 1 metro a la longitud del piolin y se lo dispone concéntricamente alrededor de la manzana. Si no hay error en esta operación, habrá unos diez y seis centímetros entre la superficie de la manzana y la circunferencia trazada por el piolin, que ahora tendrá unas cinco veces el primitivo largor.

Aquí termina la parte experimental del problema, nada escandalosa por cierto, si bien aconsejamos conservar el metro y el piolin, para conjurar inmediatas reclamaciones y proceder a la pacificación de los ánimos. Queda la parte ideal.

Imaginemos otra cuerda tirante que da la vuelta al mundo, rozando la superficie del mar y bien ajustado contra la Tierra. Ese piolin imaginario (cuyo nombre oficial es el Ecuador) tendrá una longitud de 40 millones de metros. A esa largura inconcebible agreguemos 1 metro. El metro adicional alojará, siquiera infinitesimalmente, la monstruosa cuerda tendida alrededor del globo, desde el Victoria Nyanza hasta el Amazonas de las Islas Galápagos a Borneo. Dicho sea con otras palabras: esa equivocación o yapa de un metro deberá influir, claro que en grado mínimo, sobre todos los puntos del recorrido, hasta despegar la cuerda del suelo. El problema es éste: ¿Por el intersticio que queda libre, puede meter un hombre la mano?

La solución

No únicamente la mano abierta sino el puño puede meter un hombre, ya que el espacio libre entre esfera y cuerda es el mismo en el caso de la Tierra que en el de la manzana: es decir, 16 centímetros.

El desorientado lector argüirá que no está disponible el globo terráqueo, pero algunos experimentos caseros con una bolita, con una mesa redonda y con un barril, le demostrarán que el mundo es maravilloso y que la distancia no cambia: 16 centímetros.

La longitud de una circunferencia es igual a 2 multiplicado por el radio, multiplicado por pi, o sea:

$$2 \times 3.141592 \dots + 1$$

Si añado un metro, obtengo una segunda circunferencia cuya longitud será la que sigue:

$$2 \times 3.141592 \dots + 1$$

La longitud del nuevo radio será:

$$2 \times 3.141592 \dots$$

O sea:

$$2 \times 3.141592 \dots$$

O sea:

$$2 \times 3.141592 \dots$$

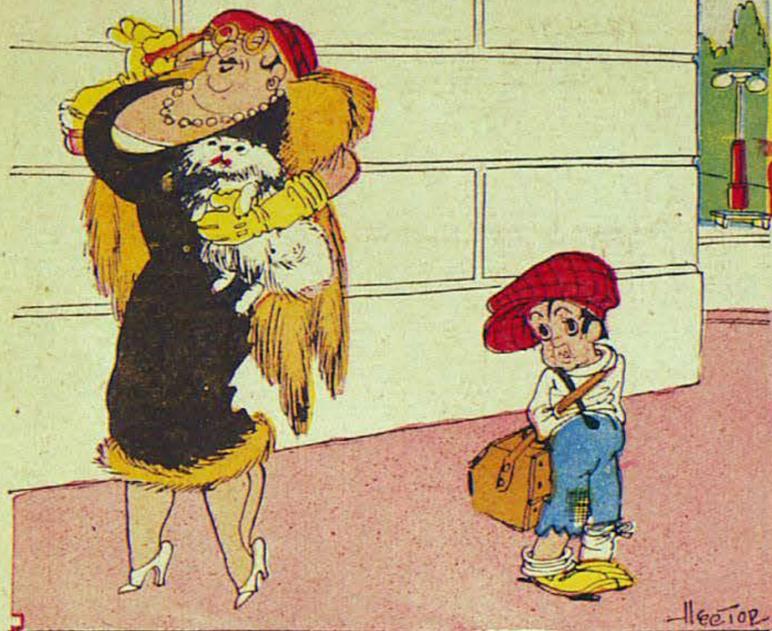
Eso nos da una diferencia constante de:

$$2 \times 3.141592 \dots$$

O sea de 0.16 o 16 centímetros.

Un consuelo final

Recuerde el agraviado lector que si parece imperceptible agregar 1 metro a 40 millones de metros, también lo es agregar 16 centímetros a 6 millones trescientos setenta mil metros, que es el radio terrestre.



Ante Todo, su Loulou

ME voy a ocupar de un tema de gran importancia, del cual depende la tranquilidad de muchos espíritus delicados. Haré algunas observaciones sobre la crianza y conservación de los lúlus de Pomerania.

R. Rodríguez Zelada

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

El lúlu o loulou, como les llamará. Sarmiento o cualquier persona que sienta bronca por los que no pronuncian las palabras extranjeras tal cual como se escriben, son esos perritos con cuatro patitas y una cola; una boquita roja como si se la pintasen con rouge y en la cual esconden unos colmillos punta gidos como alfileres, además de una lengua más ágil que la de una escarabata de casa de departamentos.

Son de nacionalidad alemana, o mejor dicho, actualmente súbditos de Hitler, pues, como su apellido lo indica, proceden de Pomerania, una pequeña provincia de la Prusia.

Para que no los confundan, creo que con estas explicaciones, hasta. Por otra parte, los lúlus constituyen actualmente una verdadera plaga en Buenos Aires. Una plaga más vasta que la de los pordioseros o desocupados, con la diferencia de que estos últimos, como son feos y mal olientes, han tenido que irse a vivir al puerto o al bajo Belgrano y de allí no los dejan salir los vigilantes por razones de estética urbana, mientras que los lúlus son llevados triunfantes por sus dueños o felices propietarios, por el rosedal de Palermo, la calle Florida, la plaza Francia y todos los demás lugares aristocráticos de nuestra ciudad.

La buena crianza de los lúlus de Pomerania mantiene inquietas, quizá, a la mayoría de nuestras matronas. Nuestras gloriosas matronas por ciertas venas corre la misma sangre noble de aquellas no menos heroicas que abrazaban con agua hervida a los jónis cuando de puro guspos que eran, pretendieron despojar de Buenos Aires a nuestros progenitores los gallicos; de aquellas que luego entregaron sus joyas para que pudiese ser equipado el ejército que libertó a Chile y al Perú.

Ahora, como por desgracia no estamos en guerra, ¿qué podían hacer nuestras damas con tanto espíritu de sacrificio y con el corazón más grande del mundo? Lógicamente las señoras tenían que ocupar en algo su tiempo y no podían gustarlo mejor que dedicándose a los lúlus de Pomerania. Perritos que son el orgullo de los hogares que no han caído en la vulgar debilidad de tener chicos propios o ajenos. Y conste que digo debilidad, porque actualmente tener hijos es una debilidad. Frutos de desecido. Sólo los espíritus retrogradados y enemigos del progreso pueden ser partidarios de la maternidad. Por otra parte, es muy distinguido salir a la calle luciendo un falderillo de reluciente piel, colgado por el pescuezo de una cadencia de metal fino, que los 25 de mayo y los 9 de julio puede recompararse por una cinta con los colores de nuestra bandera.

En cambio, cuan antiestético es transitar con un robusto purrete a cuestas. Un purrete que siempre ofrece el peligro de mancharle la elegancia a la mancha manchándole el yeso o poniéndose a chillar en el omnibus, con las maldiciones del guarda, del chauffeur y de todos los pasajeros.

La Argentina podrá mostrarse orgullosa ante el mundo el día en que consiga tener los lúlus más lindos. Ello será la prueba de que hemos llegado a un grado superior de refinamiento y cultura. Recuérdese,

que en la Roma de los Césares, en su época de más lustre, durante los días de continua milonga y en que el populacho ruin había sido arrojado lejos de los palacios, hasta los lictores andaban seguidos de diminutos caminos. El mismo Calígula, no sólo se enorgullecía de su caballo "Insitatus", sino que también acudía a los banquetes rodeado de los perritos más hermosos de todo el imperio.

Nosotros, ¿por qué no hemos de poder aproximarnos a esa civilización aun no superada? ¿Acaso nos faltan condiciones? ¿Por qué no hemos de poder ver en todos nuestros palacios administrativos y legislativos, una dependencia dedicada al cuidado de los lúlus, de los señores hombres públicos, mientras ellos cumplen con sus sagradas funciones.

Pues bien. Vamos al grano. Digamos de una vez cómo se hace para que crezcan lindos como un querubín estos perritos tan útiles y amables para la sociedad.

En primer lugar, conviene que se los mantenga en lugares con mucho sol y aire. No se le vaya a ocurrir llevarlos a alguna casa de inquilinato, porque, en ese caso, podrían juntarse con los pibes de los vecinos. Esos chicos desahuciados y mal educados, es fácil le contagien enfermedades nocivas para la salud. Ustedes, señoras, sabrán que sobre todo en esta época, en las casas de inquilinato casi todos los chicos están enfermos de sarampión, escarlatina o varicela. De manera que conviene tener mucho cuidado de que su perrito, aunque más no sea, en un desecido, se introduzca en el zaguán de uno de esos peligrosos antros que rara es la cuadra de nuestra capital en que no existan.

En la habitación donde permanezca su lúlu sería conveniente de que haya flores con flores frescas, pero hay que tener especial cuidado en retirárselas de noche.

La cama de su mimado falderillo debe ser de algodón y las sábanas de seda blanca. Así será posible saber cuando están sucias. Si su marido gana más de quinientos pesos por mes, podría cambiarse la ropa de cama diariamente. Pese a esto, no debe dejar pasar un solo día sin sacarlo a que tome un poco de sol y aire puro al paseo más próximo a su residencia. Pero, vuelvo a repetirlo: ¡cuídalo con los chicos de la casa de inquilinato! Si usted ve que alguno de estos molestos y perniciosos purretes se aproximan a su perrito, asíntele no más un coscorrón con todas sus fuerzas. Y si insiste, llame al vigilante para que los corra de la plaza.

Es necesario que comencemos



BR RR. ME SIENTO ATILA. ESCIPIÓN EL AFRICANO, ROMULO Y REMO Y VOTROS VARONCITOS MAS.

VOYA ARMAR UN LIO DIGNO DE UN CABARET.

MIENTRAS TANTO ME FUGO POR EL FORO COMO UNA BATACLANA CUALQUIERA.

PELOPONESO: HABLE Y MEDITO. ESCUCHA MI VOZ, SOY EL HAMLET DE LA EDAD DE PIEDRA.

LA REINA ESTA FURIOSA Y PIENSA ARMAR UN LIO.

POR LO PRONTO COMPRAREMOS UN POCO DE LAIDANO EN LA BOTICA.

VADE RETRO, INSOLITO JAZMIN! ESTAS INSOPORTABLE. NO TE RECONOZCO.

AHORA LA TRABAJAS DE PEDICURO - IRASCIBLE.

¡AUXILIO! QUE ME COME.

NO LE HAGAS NADA, ES UN COLECIA DISFRAZADO.

DEJALO QUE ME MIRE.

LLEVALO AL BOSQUE DE PALERMO.

OTRA VEZ CONSEGUIRE UNA ALMOHADILLA.

¡CHAU!

ESTAS DETENIDO EN NOMBRE DE LA LEY.

¿DÓNDE ESTÁ EL PLESIOSAURIO?

LO ALMORZAMOS.

VERDADERAMENTE ESTÁ MUERTO.

LO HAS DEJADO COMO UNA CASCARA DE NARANJA.

¡FUSILENLO!

YO TE VOY A DAR, VIEJO CASCARUDO.

DESPUES DE MUERTO FUSILENLO DE NUEVO.

¡AHI VA UN FLUIDO!

RECUERDOS A TU BISABUELA.

ES EL REY DEL TROMPS.

MI GOLPE LO VENCIO.

LE LLEGO SU HORA.

¿ME ASCENDERA A GENERAL DE BRIGADA?

TIRENLO AL ABISMO.

ME GUSTA VA A CAER COMO LOS RATONES EN EL AGUA TIBIA DE UN ESTANQUE.

SOY EL ESPIRITU DE SIMBAD EL MARINO: VIAJARA CON MIGO AL INFIERNO.